

Don Nico, el primer dramaturgo negro del Perú

Octavio Santa Cruz Urquieta
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Resumen: A 150 años del nacimiento de Nicomedes Santa Cruz Aparicio, quien nació en Lima el 13 de septiembre de 1871, sus descendientes nos encontramos ante el objetivo de reunir la información de la familia Santa Cruz Gamarra, a fin de visualizarla como un fenómeno integral que abarca ya varias generaciones. En esta tarea, consideramos prioritario recuperar la imagen (el perfil) de quien fue el primer nombre visible de este grupo humano, cuya presencia en el arte y la cultura del Perú se mantiene ininterrumpida por décadas. Habida cuenta de cuán difícil habría sido el ascenso para una persona de modesta extracción socioeconómica, además de su oscura pigmentación, presentamos el obituario que a su fallecimiento le fuera dedicado por un comentarista en un diario. Además de relevar sus méritos, elogio sin ambages sus logros, ya que estaba bien informado de su obra, la cual fue prolífica para la época y vinculada a lo más graneado del mundo de las candilejas. Presentamos, también, una lista de sus escritos y la lectura comentada del fragmento de una de sus obras.

Palabras clave: teatro peruano; afrodescendientes; familia Santa Cruz; Nicomedes Santa Cruz Aparicio

Abstract: One hundred and half years after the birth of Nicomedes Santa Cruz Aparicio, who was born in Lima on September 13 of 1871, we, his descendents are aiming to gather the information of Santa Cruz family throughout the generations in order to conceive it as a whole. In this task, we consider a priority to recover the profile of whom was the most well known figure of this kin, whose presence in peruvian arts and culture extends uninterruptedly over the decades. Here, we present the obituary dedicated to this Afro-peruvian man of humble origin by a commentator in a newspaper. In addition to highlighting his merits, he openly praises his achievements, since he was well informed of his work, which was prolific for the time and linked to the most outstanding of the footlight world. We also present a list of his writings and the commented reading of the fragment of one of his works.

Keywords: peruvian theater; Afro-descendants; Santa Cruz family; Nicomedes Santa Cruz

Nicomedes Santa Cruz Aparicio, un escritor negro en la Lima del 900

Don Nicomedes nació en Lima el 13 de septiembre de 1871. Fue hijo de Pedro Santa Cruz y de Jacinta Aparicio. Tuvo dos hermanos menores conocidos, Teresa y Lino, que no dejaron descendencia. Siendo apenas un niño, en pleno estado de emergencia al inicio de la Guerra del Pacífico, y mientras Lima asistía al bombardeo del puerto del Callao, se decidió su partida hacia los Estados Unidos de América.

Don Nicomedes retornó al país a principios del siglo XX. Al reencontrarse con sus hermanos Teresa y Lino, y con su padrino, el pintor Demetrio Gamarra, se enteró de que su padre había fallecido el 10 de diciembre de 1897 y su madre diez años antes. No tenemos con exactitud la fecha de su retorno. Los testimonios de sus



La foto al momento de la partida. Otra copia del daguerrotipo se encuentra en el archivo Courret. BNP.



Foto del retorno de los EE. UU.

hijos sitúan esa fecha entre 1898 (*dixit* Rosalina) y 1903, poco antes del fallecimiento de don Demetrio (1904).

Al retornar, luego de más de dos décadas en los Estados Unidos, tendría por lo menos 27 años. Venía cargado de intensos recuerdos de los años vividos, que lo acompañarían por siempre, y de los que contó poco a sus hijos. Es muy probable que hayan sido días azarosos, pues el proyecto inicial con el que partió se truncó cuando aún era muy joven y sin haber completado la meta propuesta.

Según comentó, habían partido del Callao, bajo los cañonazos y en contiendas con las tropas chilenas, pensando que era el fin del mundo. En tal circunstancia, su padre había consentido en que un ciudadano norteamericano allegado a la familia, que viajaba mucho por barcos, lo llevara a vivir consigo. Gratamente impresiona-

do al ver que el niño prefería leer mientras los chicos de su edad jugaban, decidió «apadrinar» esta vocación y le prometió velar por la educación que merecía.

Unos años más tarde, un ya casi jovencito Nicomedes escribiría a su padre que las condiciones habían cambiado diametralmente. El jefe de familia de la casa donde vivía había fallecido tempranamente y sus herederos no suscribían la promesa de amplio apoyo, por lo que no le quedaba sino proseguir su camino como pudiera. Pese a las dificultades, había decidido no retornar aún al Perú hasta considerar completada su instrucción.

A partir de entonces, queda un vacío como de diez años desde que, ya en la mayoría de edad, viajaría por varios países de Norte y Centroamérica en busca de su destino. Esta parte de su historia, tal vez de grandes peripecias, nos ha llegado como un tanto fabulada y alimentada solo por breves comentarios, de los que apenas una que otra frase suelta llegó a sus hijos menores.

Sin embargo, en mi rol de historiador del arte, al abrir el baúl con sus pertenencias —las que hace más de medio siglo me entregó Fernando, mi padre, quien era uno de los hijos mayores (el cuarto) de don Nico—, me encontré con esta fotografía que pongo a vuestra consideración (pág. 18) y que ciertamente nos habla de una vida trashumante, al parecer en medio de un viaje o de alguna gira. Aquí apreciamos a don Nico, en primer plano, a la derecha, sentado. No habría sido tan fácil el camino de vuelta al terruño, pero por los subsiguientes sucesos en su vida, su gran motor y empuje han de haber sido los muchos sueños que aún tenía por realizar.

Como equipaje traía una amplia biblioteca y su elección había sido el mundo de la cultura. Su formación y preferencias eran poco comunes. Sin embargo, al retornar a la tierra que lo vio nacer, las obras que escribió fueron finalmente sobre temas de carácter marcadamente local o de actualidades. Seguramente, en aquel entonces —como ahora— no abundaban aquí personalidades como él: leía a Shakespeare en su lengua, se declaraba kantiano y prefería a Wagner.



Don Nico, en primer plano, a la derecha, sentado.

No precisamos hacer muchos esfuerzos de imaginación para visualizar que, a lo largo de su vida literaria, la cual llegó a contabilizar varios años de presentaciones, cada estreno ha de haber significado un logro ganado, lo que se dice, a pulso. Bien sabemos que nuestro medio cultural no se caracteriza precisamente por vivir esperando que aparezca un hombre negro para otorgarle el lugar destacado que pudiera corresponderle en las preferencias de la crítica especializada, gracias al favor del público.

En la prejuiciosa Lima de principios del siglo XX, don Nicomedes logró ser un autor teatral de reconocido prestigio. Sus obras, presentadas con los elencos más renombrados del momento, alcanzaron buena cantidad de representaciones; el autor, su lugar dentro de los círculos correspondientes de artistas y literatos, como lo atestigua la primera plana de un periódico local.

Su vida teatral data de las primeras décadas del siglo XX. Escribió comedias y zarzuelas sobre temas costumbristas, varias de ellas con música orquestal de su propia autoría.

Las obras de don Nicomedes Santa Cruz Aparicio

Sus obras más conocidas fueron «El confort del hogar», estrenada en 1908, y «El servicio obligatorio», que se estrenó en 1909, según consta en las páginas de *El Comercio* y *Variedades*. Si tenemos en cuenta que Rosalina —su primera hija— nace en 1908 y Pedro —el segundo— en 1909, es de suponer que la distribución del tiempo y las fuerzas entre la diaria subsistencia y la producción del arte eran bastante apretadas. Para la economía de cualquier familia que no pertenecía a una clase acomodada, ha de haber significado una dura prueba. Sin embargo, las líneas reservadas para la cara menos maravillosa de esta historia no serán desarrolladas en estas páginas, porque no llegaron con precisión hasta nosotros. Por lo general, llegado el caso, hasta los comentaristas más exigentes suelen contentarse discretamente con una frasecita socorrida acerca de «aquella persona que se encuentra detrás de un hombre exitoso».

En 1908 estrena «El confort del hogar».
 En 1909 estrena «El servicio obligatorio», letra y música.
 En 1913 estrena la zarzuela «Katarina».
 En 1915 termina el libreto de «El heredero», zarzuela en 5 cuadros, verso y prosa.
 En 1917 repone «El confort del hogar», en el Teatro Colón
 En octubre de 1918 estrena «La princesa de Borbón» -1923
 En 1920 «Los vecinos»,
 «El premio de Navidad» 1914 - 1923

En 1921, el artículo «El teatro peruano» en la revista *Mundial*, cita su nombre en la lista de autores en actividad. También encontramos repeticiones eventuales datadas hasta agosto de 1920 en el Teatro Mazzi, por la compañía nacional de zarzuelas y revistas Ureta-Rebolledo. Después de ello, don Nico continuó escribiendo periódicamente.

En 1923, termina el libreto de la comedia «Un don Juan criollo». Según los datos que tenemos a nuestra disposición hasta el día de hoy, se puede decir que las últimas representaciones datan de 1923. Sin embargo, prosiguió en su actividad de escritor. En 1948, termina el libreto de la comedia «Evolución», obra que

no fue llevada a las tablas. Sin duda, un seguimiento complementario a partir de los medios y repositorios de documentación podrá arrojar un perfil más detallado y pormenorizado. Su producción teatral está inédita.

En las décadas de los años treinta y cuarenta, don Nico formó parte de la vida cultural de Lima, participó en las actividades de varias agrupaciones como, por ejemplo, la Asociación Nacional de Escritores y Artistas (ANEA). Por lo demás, mantuvo también un vínculo con la cultura y la lengua de su juventud. Recibía regularmente revistas y periódicos norteamericanos como *The Saturday Evening Post* y fue socio fundador del Instituto Cultural Peruano Norteamericano (ICPNA) al crearse en Lima en el año 1938.

A edad avanzada y ya en sus cuarteles de invierno, llegó a ver los primeros éxitos de su hijo, el torero Rafael Santa Cruz Gamarra, quien debutó en la Plaza de Acho en 1947. Conoció también la producción de su hijo, el poeta Nicomedes Santa Cruz Gamarra, quien escribió su primera décima en 1949.



Don Nicomedes escribió comedias y zarzuelas sobre temas costumbristas, varias de ellas con música orquestal de su propia autoría. Como se puede observar, esta foto corresponde a «El servicio obligatorio».



Con cargo a un pronto desarrollo, no dejaremos de anotar que una parte importante de la obra de don Nico fue la que nos legó conjuntamente con su esposa doña Victoria Gamarra: sus diez hijos.

Obituario

Nicomedes Santa Cruz Aparicio falleció el 10 de julio de 1957. Adjuntamos la nota aparecida un mes después en *El comercio*, el 8 agosto 1957.

NICOMEDES SANTA CRUZ

Mañana se cumple el primer mes del fallecimiento de una antigua figura del teatro nacional, que no obstante la modestia de su origen y de su color, llevó al tinglado de las salas teatrales el aliento de su inspiración. Con Nicomedes Santa Cruz se ha ido así una tradición.

En los lejanos días de principios de siglo, cuando en los teatros campeaban las zarzuelas y los sainetes, y figuras prominentes de los escenarios españoles sentaban cátedra en nuestro ambiente, se inicia Santa Cruz como autor teatral. Había pasado treinta años de su vida en los Estados Unidos donde se familiarizo con el idioma y las costumbres, y no obstante ello, mantenía invivita la llama del criollismo y la chispa de un gracejo agradable. Amante de las letras, de la música y de la farza teatral; venciendo las incomprensiones del medio y de la época y luchando contra la adversidad, Santa Cruz logro ver representada su primera composición teatral denominada «El Confort del Hogar», comedia que se estrenó en el Olimpo, donde también, poco después, se efectuó una resonante función en honor del autor. Eran los días de 1908, y en la edición de *El Comercio* del 20 de mayo de aquel año, se le dedicó un merecido elogio que se insertó en la primera plana del diario.

Posteriormente Santa Cruz continuó incursionando en los escenarios limeños con otras obras: Todavía se recuerda su sainete «El Servicio Obligatorio», premiado en un concurso de teatro y estrenado también en el Olimpo; «Un don Juan

Criollo», sainete dramático que estrenó en el Teatro Municipal la compañía Flores-Romero, con quienes actuaban entonces María Catalá, Aurora Cerda, Alberto Ego Aguirre, los Fernández, Barrios, Pasquale, Guerrini y tantos otros actores que animaban por entonces nuestros perdidos escenarios metropolitanos. Con ellos vivificaba a través de sus obras plenas de humorismo y de intención las lejanas galas de la escena nacional.

Nueve fueron en total las obras teatrales que Santa Cruz estrenó entre nosotros que le valieron otros tantos triunfos, y no obstante compartir sus primigenias aficiones con el duro oficio de mecánico, con el que se ganaba el sustento y el de su familia, logró imponerse constituyendo una figura tradicional en el mundillo de la farza, por ser el primer autor de color que hemos tenido, que venciendo la adversidad hizo una labor perdurable.

Cuando se recogieron los telones, las bambalinas y los decorados; fugaron los traspuntes y enmudecieron los actores; cuando sobre el ancho telón de boca de los escenarios limeños se impuso el ecran y comenzaron a danzar las figuras animadas del cinematógrafo, Santa Cruz, como muchos otros autores nacionales, sumióse en las sombras del olvido. Había caído sobre el teatro un manto de silencio y apagadas las candilejas, comenzó a imperar la proyección ideada por los hermanos Lumiere. Sin embargo, el autor de otrora que acaparara la atención de los críticos y el aplauso de los públicos, continuó soñando con el teatro y componiendo. En 1947, vencido por la edad, presentó sin embargo una nueva obra a concurso. No se rendía pues al silencio. Y hace un mes, cuando su hado fatal determinó que su hijo Rafael, el de los lances suicidas en los casos taurinos sufriera un accidente en una plaza de Caracas, cerró los ojos para siempre Nicomedes Santa Cruz, llevándose una tradición.

(L. L.)

Hemos adjuntado esta nota necrológica, ya que, escrita en tono de reseña y crítica, nos agrega información importante a estas líneas, en las que estamos presentando, de manera general y aún sin agotar detalles, a nuestro autor. Se citan aquí varios nombres de artistas, cuya sola mención nos ubica, por su reconocida trayectoria y popularidad en las tablas, en el corazón de la escena de la época. Rescatamos también tres párrafos, uno que recuerda con carácter de constancia la producción teatral del autor: «Nueve fueron en total las obras teatrales que Santa Cruz estrenó entre nosotros que le valieron otros tantos triunfos». Además, luego de señalar que «no obstante la modestia de su origen y de su color», reliva el logro de haber tenido una presencia sostenida en el teatro y lo que esto significó en relación a las características de nuestro medio local. Asimismo, señala que don Nicomedes «llevó al tinglado de las salas teatrales el aliento de su inspiración», y resalta que «logró imponerse constituyendo una figura tradicional en el mundillo de la farza, por ser el primer autor de color que hemos tenido».

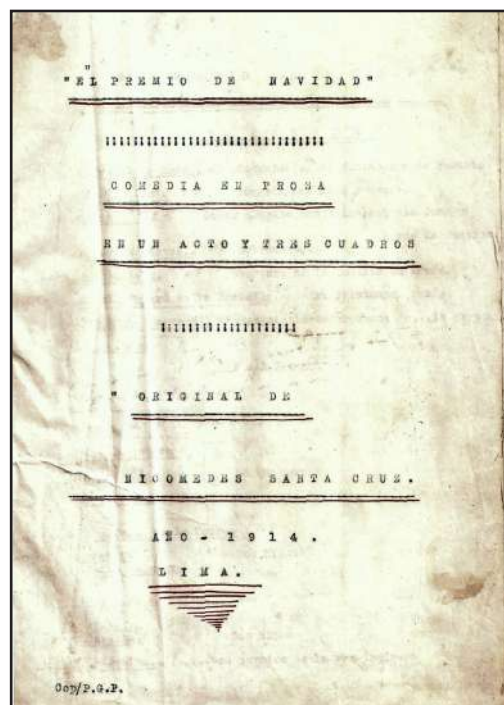
La tercera mención refiere, con tono de entendido, que la trayectoria de nuestro autor no fue cosa que pasara desapercibida: «el autor de otrora que acaparara la atención de los críticos y el aplauso de los públicos, continuó soñando con el teatro y componiendo». Acercándonos desde otro ángulo a estas mismas palabras, encontramos que, luego de referir la «modestia de su origen y de su color», el articulista cierra el párrafo inicial con una frase categórica y sonora: «Con Nicomedes Santa Cruz se ha ido así una tradición». Culmina su nota reiterando el vacío que significa su partida: «cerró los ojos para siempre Nicomedes Santa Cruz, llevándose una tradición».

Al parecer, lo que estaría recalcando es que don Nicomedes no solo toca temas de actualidad, sino que, por tener piel oscura y provenir de humilde estrato social, habla desde adentro, a diferencia de sus renombrados predecesores que se refieren a las clases populares de manera más distanciada. Recordemos que, de don

Felipe Pardo y Aliaga, se dice que era hombre de ideas aristocráticas y que Manuel Ascencio Segura era mestizo y de clase media. Y es curiosamente anecdótico que la atribución a don Nicomedes, en este obituario, corresponda casi exactamente a la frase con la cual, poco después, su hijo Nicomedes daría a conocer su propio rol artístico en la décima y el folklore: «Conserva la tradición Nicomedes Santa Cruz».

A más de medio siglo de su fallecimiento, el ICPNA le rindió un homenaje en noviembre de 2009, por haber sido su socio fundador. Por una singular coincidencia, este evento público, de ceremonia concurrida, se desarrolló un siglo después de sus primeros éxitos de 1908 y 1909.

Así, don Nicomedes Santa Cruz Aparicio fue el primer nombre visible de una familia, cuya presencia en el arte y la cultura del Perú se mantiene ininterrumpida por décadas. Y en lo concerniente al campo de las artes escénicas, de facto, fue el primer autor teatral negro del Perú. En relación a esta última aseveración, diremos que, acerca de lo oscuro de su pigmentación, no



Portada de «El Premio de Navidad» (1914)

creo que sea preciso agregar mayor documentación, ya que las fotografías hablan por sí solas. En lo referente las fechas de sus obras, quedan corroboradas en los comentarios y las notas periodísticas que, en la mayoría de los casos, incluyen las fechas de estreno. Finalmente, y con el fin de documentar su solvencia en el oficio,

nos aproximaremos a la escritura de don Nicomedes a través de un fragmento de su obra titulada «El Premio de Navidad», escrita en 1914, y en la cual actuaron Carlos Rebolledo, Pedro Ureta, Ernestina Zamorano, entre otros. Al lado izquierdo anotaremos nuestras observaciones, con las cuales articularé luego un comentario.

En esta escena, los personajes se encuentran reunidos en un interior.

Los parlamentos son participativos y coloquiales, como corresponde a una familia de clase media o baja.

En el trato despectivo de la señora, que «cholea» a la sirvienta, el autor nos muestra su conocimiento de la estratificación de la Lima republicana.

ESCENA III

D. Ismael, doña Marta, Beatriz, María Eugenia. Después Celestina, Beatriz y María Eugenia entran por la puerta.

Beatriz.- ¿Has llamado, mamá?

M. Eugenia.- (*alarmada*) ¿Qué hay?, ¿qué ha habido?

D. Marta.- (*Muy excitada*) ¡Oh, hijas mías!, ¡hijas mías! ¡La suerte... la suerte! Hemos sido favorecidas por la suerte. Figúrense ustedes. Diez mil libras. ¡Somos ricos... riquísimos! (*Les enseña la lista y el billete*) ¡Miren!

Beatriz.- (*Asombrada*) ¡Mamá... por Dios!

M. Eugenia.- (Id) ¡Madre de mi vida! ¡Que felicidad!

D. Ismael.- (*tosiendo*).- ¡Je, je, acuérdense de su padre que es el que ha puesto el huevo de oro.

Beatriz.- (*abrazándolo*) ¡Querido padre!

M. Eugenia.- (id) ¡Papacito de mi alma!

D. Ismael.- (*dejándose acariciar*) Sí, sí... estas explosiones de afecto suelen llegar un poco tarde... pero al fin... llegan.

D. Marta.- No te quejes Ismael, ya sabes que, a pesar de nuestras pequeñas diferencias domésticas, yo siempre he sido un ángel para ti.

D. Ismael.- Sí, mi querida, me consta. Las mujeres todas sois unos ángeles para con vuestros maridos, no obstante que el diablo, según cuentan, también fue un ángel.

(*Entra Celestina por el foro*)

D. Marta.- Chola, ¿por qué te has demorado?

Celestina.- El gringo pues, no despacha pronto, neña, Humm ¡déceme tantas lesuras!

D. Ismael.- Bueno, vamos a celebrar este acontecimiento de la Divina Providencia, con todos los honores debidos. ¡Celestina!

Celestina.- ¡Señor...!

D. Ismael.- ¡Vuela donde Spaguetti y dile que digo yo que te despache, inmediatamente, media docena de botellas de Champagne Cordón Rouge.

Desde la elección del nombre del tendero se observa la intención humorística.

La respuesta de la sirvienta está redactada fonéticamente, de modo que la actriz reproduzca las maneras del habla típicamente andina.

El motivo de «los aduladores», el querer «igualarse» a «los de enfrente» son propios de la temática local en su época.

El sufrimiento, la humillación, los aires y las ínfulas que se mencionan desembocan finalmente en una acusación descarnada. Nada de eso es aceptable si proviene de una mujer zamba.

¡Pronto! ¡Vuela!

Celestina.- (*saliendo a trancos largos por el foro con una canasta*) ¡Buino, señor!
¡Horita nomás regreso!

M. Eugenia.- ¡Papá!, que sorpresa va a causar esta noticia cuando se llegue a saber.

D. Ismael.- ¿Sorpresa? Hija mía, pshh... pero si ya lo sabe medio Lima.

Beatriz.- (*asombrada*) ¡Pero, papá!

D. Marta.- ¡Ismael, pero qué indiscreción!

Ismael.- ¿Indiscreción? ¿Por qué ha de ser indiscreción? ¿Acaso me he robado el dinero? Además, ¿cómo había yo de contener en mi cabeza lo que difícilmente puede caber en un costal? Es claro. O hablaba o reventaba y cualquiera revienta con un saldo de £p. 10.000 a su favor ¿Eh?

Beatriz.- ¡Figúrate la lluvia de felicitaciones que vamos a tener, papá!

D. Ismael.- Que lluevan.

D. Marta.- La casa va a ser estrecha para contener el gran número de visitas.

D. Ismael.- Bueno, si hay exceso, podemos utilizar el corral.

D. Marta.- ¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

D. Ismael.- ¡Bah! Conozco a los míos ¡Ya verás! Ahora que somos ricos tendremos una jauría de aduladores para quienes cualquier barbaridad que se nos antoje cometer les parecerá una gracia, ya verás.

D. Marta.- Lo que más me complace en este momento es saber que ahora no solamente podremos igualarnos a las de enfrente, sino que habremos de superarlas en todo, ¡en todo!

Beatriz.- ¡Oh!, ya lo creo, mamá.

Marta.- (*Con desdén*) Lo que me ha hecho sufrir la madre de esas muchachas todos estos años; no sé cómo no me he vuelto loca. Los aires y las ínfulas que se ha permitido esa mujer. Como si la muy señorona fuera una persona de gran importancia. Toda ella pintada y empolvada que me parece un payaso. ¡La muy zamba!

Beatriz.- Y las hijas, mamá, ¿te has fijado? Sabiendo que nosotras no hemos podido competir con ellas, con qué intencionado mal gusto han hecho derroche de lujo para humillarnos.

D. Marta.- Pero niña, ¿qué nos va a humillar esa gente?

M. Eugenia.- Qué ocurrencia de Beatriz. Y respecto al lujo... pschh ¡Qué vulgaridad!

D. Marta.- ¡Unas verdaderas huachafas!

Beatriz.- ¡Qué cuerpos!, ¿verdad?

La conversación fluye de uno a otro personaje, todos participan con naturalidad, pero es de observar que el tono es de chisme y lo que en Lima se llama huachafería.

El señor de la casa no paga sus deudas y la esposa y las hijas se enojan con el tendero que pretende cobrar.

La idiosincrasia de lo que en habla criolla se llamaba «blanco pobre» se pone en evidencia al fin de la escena.

M. Eugenia.- (*Risas*) ¡Y qué tipos! Ja, ja

D. Marta.- En cambio ahora verán elegancia...

Beatriz.- Arte ...

M. Eugenia.- Y buen gusto

D. Marta.- (*desdeñosa*).- Desengañarse, la gente siempre es gente y siempre llega el momento de dar prueba de lo que es uno.

(*Regresa Celestina por el foro respirando con dificultad*).

Celestina.- ¡Neña! Dice el gringo Spaguetti que si li has visto poes cara di fraile. Dice que pagarás poes, primero, lo que dibis antes tener estómago para mandar pedir champaña. Y que irás pedir fiau... á tu águelita.

D. Marta.- (*horrorizada*) ¡Qué desvergüenza! ¡Qué desvergüenza!

M. Eugenia.- ¡Ah, gringo malvado!

Beatriz.- Habrase visto el atrevimiento...

D. Ismael.- (*sulfurado*) ¡Un zamarro, un zamarro! ¡Ahora mismo voy allá! Qué se habrá creído el muy bachiche, que está tratando con quién. Vas a ver, ahora le digo cuatro frescas, traigo el champaña y... y... no le pago hasta que me dé la gana. ¡No faltaba más!

ESCENA IV

D. Ismael, M. Paul, Spaghetti, D. Marta, Beatriz y María Eugenia.

(*Entra M. Paul por el foro seguido de Spaghetti, quien se queda en la puerta saludando con mucha ceremonia*).

M. Paul.- ¡Ah! señog don Ismael La Toggé. Bon jour monsieur, pardonne-moi pog esta imprudenciá, pego el negocio es negocio y la casa que ge-presentó no puede pegdeg. Pegmítame pregsentarle mi tarjetá. (*Presenta la tarjeta a D. Ismael y quédase pasando las manos por los bigotes*).

D. Ismael.- (*Lee la tarjeta*).- Paul Bergac de la Rochelle.

M. Paul.- (*Saludando*) Segvidog y gepregsentante de Au Printenps de Pagí, con sucugsal en Viena, Londreg, Petrogrado, Barcelona, Buenos Aiges y Lima.

D. Ismael.- (*Tendiéndole la mano*).- Mucho gusto de conocerle, señor...

M. Paul.- Paul Bergac de la Rochelle, votre mas humilde segviteur

D. Ismael.- Muchas gracias, er... á... á qué debo el placer de esta visita, Musiu...

M. Paul.- Esta visita obedece a la gran satisfacción que tiene nuestra casá en saber que usted ha sido el favogecido con la suegte de 10,000 librag esterlinas. Y a la esperanza de que desde hoy podremos contag con su favog y la de su distinguidísima familia.

En esta escena empieza el giro en la que parece ser una comedia de equivocaciones, pues al ver que su deudor moroso va tornándose persona merecedora de las más delicadas atenciones y promesas, el mismísimo italiano —cuyo rol risible anticipamos desde su nombre: Spaguetti— empieza a considerar aliarse junto con aquellos que ahora le rinden pleitesía...

Spaguetti.- (*Aparte, asombradísimo, deja caer su sombrero*) ¡Dio mío! Ma qué digo. É posible que questo signior, mio caro marchanti, si ha sacato la sorte grandi di la navitá? E...e...io li negato media miserable docena de boutelia de champaña falsificate. ¡Ma! ¡Que bruto! ¡Que bruto! ¡Oh! ¡Que bruto!

M. Paul.- Todo, señog mío, todo. La casa se compromete a hacer una completa transfogmación de su domicilio en el tiempo bregvísimo, ínfimo y gidiculísimo de 48 hogas.

Spaguetti.- (*Aparte*).- E io non sabitto, ma io non perdo la mía casería, é... é... io le hablo... é dígame una disculpa.

M. Paul.- Oh bien, bien. Tre bien. ¡oui! Todo es cuestión de día negó.

D. Ismael.- Con tal de estar bien servido pues; no pondré obstáculo por esa parte.

Spaguetti.- (*Aparte*) ¡Oh! Bela oportunidad. Ma, io le hablo. Seguro que le hablo.

ESCENA V...

En este fragmento de la obra titulada «El Premio de Navidad», hemos podido apreciar algunos aspectos como la elección de un tratamiento ágil para un motivo de época con temática local, que el autor aborda con mesura y precisión. Asimismo, observamos que la soltura del estilo va acorde con el tono humorístico de los diálogos, todo lo cual nos muestra la solvencia profesional de un escritor en posesión y madurez de los recursos de su oficio.

Nuestro objetivo inmediato queda cumplido al mostrar estas páginas, cuya fluidez de redacción indica que el autor las concebía directamente como libreto. Otras observaciones —subproducto de nuestra mirada— sobre sus referencias a «cholas» y «zambas» señalan que las sutilezas de la estratificación social de la Lima de principios del siglo XX no le eran

ajenas. No es la suya una crítica incisiva y las trata desde una prudente distancia, pero las menciona nada halagüeñamente, lo que indica su punto de vista respecto a temas étnicos y de género. Como fuere, comentar más este tópico no es para estas páginas, aunque tal vez pueda verse desde otra lectura.

Bibliografía

El Comercio (20 de mayo de 1908). Un autor nacional don Nicomedes Santa Cruz. *El Comercio*, p. 1.

L. L. (8 de agosto de 1957). Nicomedes Santa Cruz. *El comercio*, p. 17.

Santa Cruz Aparicio, Nicomedes (1914-1923). *El Premio de Navidad*. [Libreto original mecanografiado]. Archivo Familia Santa Cruz.